

HISTORIA DE LAS PERSECUCIONES

SUFRIDAS POR LA IGLESIA CATÓLICA

DESDE SU FUNDACION HASTA LA ÉPOCA ACTUAL;

CONTIENE UN EXÁMEN DETENIDO DE LAS CAUSAS DE CADA UNA DE ELLAS Y DE LOS CARACTÉRES ESPECIALES QUE
PRESENTARON, DE LAS PRINCIPALES LEGISLACIONES QUE CONTRA EL CRISTIANISMO HAN REGIDO
Y RIGEN; LA BIOGRAFÍA DE LOS TIRANOS Y PERSEGUIDORES Y DE LOS MAS ILUSTRES PERSEGUIDOS Y MÁRTIRES,
CON INTERESANTES DESCRIPCIONES DE LOS LUGARES EN QUE SE LIBRARON
LOS RÉCIOS COMBATES DEL ORGULLO HUMANO CONTRA LA VERDAD DIVINA DESDE EL CALVARIO,
EN EL SIGLO PRIMERO, HASTA EL QUIRINAL,
EN EL SIGLO ACTUAL.

OBRA ESCRITA POR

D. Eduardo María Vilarrasa y D. José Ildelfonso Gatell

Cura propio de la parroquia de la Concepcion y Asuncion
de Nuestra Señora, en Barcelona.

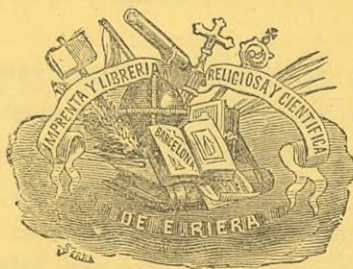
Cura propio de la parroquia de San Juan,
en Gracia (Barcelona).

É ILUSTRADA

CON MAGNÍFICAS LÁMINAS INTERCALADAS EN EL TEXTO.

PRÉVIA CENSURA DIOCESANA.

TOMO PRIMERO.



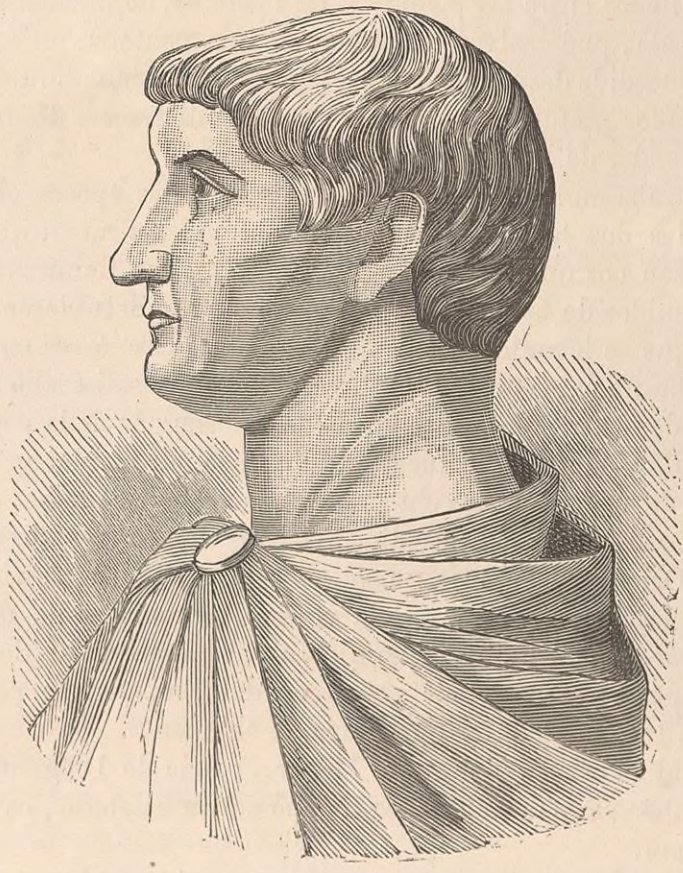
BARCELONA:
IMPRESA Y LIBRERÍA RELIGIOSA Y CIENTÍFICA
DEL HEREDERO DE D. PABLO RIERA,
calle de Robador, núm. 24 y 26.
1876.

Cuaderno 24.

nazar á Roma ; entonces Trajano creyó que el Eufrates debian vadearlo los romanos para vencer á los partos.

Se buscaron pretextos para hacer la guerra, y cuando se buscan se encuentran. Trajano necesitaba enemigos que vencer, cuando no hubiesen existido, él los hubiera hecho.

No habia aun llegado el Emperador á Atenas, cuando se le presentó una embajada de Cosroes trayéndole magníficos presentes, ricas armas, seda, todas las preciosidades de Oriente, y ofreciéndole una satisfaccion á los agravios que él pretextaba. Trajano rechazó los presentes y dijo : «La amistad se prueba con hechos y no con palabras; cuando llegue á Siria, yo resolveré.»



TRAJANO.

Y al llegar á Siria, todos los reyes vasallos se arrodillan ante él; el nuevo rey de Armenia, Parthanasiris, le escribe una carta suplicante. Trajano recibió aquellos homenajes con altanería y no se dignó contestar la carta de Parthanasiris, solo porque se llamaba rey; y al fin este depuso su corona á los piés de Trajano.

Con la sumision de la Armenia se apoderó de otros reinos. De todas partes recibia embajadas de reyes que le enviaban regalos y le suplicaban el honor de ser admitidos como vasallos de Roma.

Vacilaba Trajano en establecer sus cuarteles de invierno en la famosa ciudad de san Ignacio, á quien él habia hecho sacrificar. Entre los magníficos edificios de aquella ciudad le parecia estar viendo la figura del santo Obispo, que amenazadora se levantaba contra él, y presentia que al llegar allí habia de suceder algo de funesto. Así fue efectivamente, como si aquella tierra se estremeciese al pisarla el Emperador, como si aquellas piedras se sublevasen contra él, vino á turbar el alborozo de las fiestas, la esplendidez de los espectáculos, un terremoto de los mas horrorosos que registra la historia, en el que Trajano hubo de reconocer que hay algo mas fuerte que el poder soberbio del hombre.

Dion describe de la siguiente manera aquel fenómeno, que tuvo lugar el 13 de diciembre de 114: «Al cantar del gallo, percibióse una especie de mugido subterráneo, al que sucedió un espantoso sacudimiento. Pareció que la tierra con sus edificios era levantada al cielo. Luego las casas empiezan á chocar unas contra otras, y muchas bambolean como agitadas por un mar tempestuoso. Los terrenos no edificados se cubren de ruinas... y de entre aquellos escombros se levanta tal nube de polvo, que se hace imposible ya, no solo verse, sino oirse y hablarse. Los árboles son arrancados de raíz; los hombres, hasta aquellos que han ido á ponerse á salvo en la campiña, son engullidos en las profundidades que se abren ante ellos. En la ciudad fueron innumerables las víctimas... y los que inspiran mayor lástima son aquellos que, medio sepultados entre las piedras y las maderas, no pueden ni vivir ni morir (1).» El Emperador, aterrado, pudo salvarse saltando de una ventana.

Este terremoto, sucedido despues de los presagios que habian atormentado su imaginacion, impresionó al Emperador profundamente; pero procuró distraerse de nuevo entre el ruido de las batallas y el esplendor de las conquistas.

Trajano se encontraba en aquel país que ha sido en todas épocas el corazon del Asia Occidental, en donde los dos históricos rios, el Tigris y el Eufrates, que corren paralelos, se aproximan y se enlazan por numerosos canales. Son aquellas llanuras de Sennaar, en donde los nietos de Noé, venidos de las montañas de Armenia, se detuvieron para construir la primera poblacion, en que se levantó la torre de Babel, que pasó á ser mas tarde Babilonia. No fue una conquista, fue un paseo militar. Otra vez Trajano ve satisfecha su ambicion de gloria.

A la embriaguez de los triunfos quiso añadir la embriaguez de la popularidad en esa época en que, debilitado su carácter por la fuerza de los años, no quedaban del gran Trajano sino grandes pasiones. El mejor medio para obtener el aplauso de las masas, que tanto le halagaba, era sacrificar nuevos cristianos. Así sucedió. Al paso del Emperador por la Grecia, al paso de su ejército por el Oriente, levántase nueva hecatombe de mártires.

En Éfeso, una tradicion consigna que la virgen Hermonia, hija del apóstol san Felipe, segun unos, ó del diácono san Felipe, segun otros, al hallarse allí de paso Trajano cuando iba á combatir á los partos, fue azotada por orden del Emperador; pero este le perdonó la vida, porque le profetizó las victorias que habia de obtener.

En Sinope, ciudad marítima del Asia Menor, patria de Diógenes el Cínico, el obispo Focas, despues de haber permanecido largo tiempo en un calabozo, cargado de cadenas, fue condenado á la hoguera.

Retenido por vergonzosas pasiones, Trajano permaneció por algun tiempo en Edessa, que hoy se llama Urfa, ciudad de la Mesopotamia; bañada por el Eufrates, capital de la antigua provincia del Osrhoene, fundada por Nemrod, y que antes de Alejandro formaba una república, bajo la proteccion de la Persia. Al escándalo de sus sensualidades añadió allí Trajano la infamia de una persecucion llevada al último grado del furor.

El apóstol de aquella region, Barsimeo, sucesor de san Tadeo, fue martirizado.

Sabel, Manuel é Ismael, persas los tres é hijos de una madre cristiana que les educó en la fe de CRISTO, cooperando á su obra un sábio y celoso varon llamado Eunoico, fueron enviados por su país con una embajada al emperador de Roma, quien despues de tratarles con mucha cortesía y de llenarles de las mayores consideraciones, les invitó á una de las grandes solemnidades gentílicas, á la que asistió el Emperador con todos los personajes distinguidos que se hallaban en la poblacion. Hubo de notarse la ausencia de los tres persas. El Emperador les mandó un alto funcionario de su corte para que les dijese con mucha atencion que Trajano deseaba que los puestos que á ellos les correspondian no quedasen vacíos.

—Decid en nuestro nombre al Emperador, á quien respetamos por la alta autoridad que ejerce, que hemos venido, no para adorar á vuestros dioses, sino para representar los intereses de nuestro país, que nos ha honrado con su confianza.

(1) Dion, *apud Xiphil.*, 24, 23.

Enojóse de la respuesta el Emperador, acostumbrado á que todos se inclinaran ante su voluntad. La ausencia de los tres legados tuvo para él el carácter de un desaire público, y se manifestó dispuesto á no tolerarlo. Otro hombre á quien hubiese sonreído menos la victoria, hubiera respetado en los tres hermanos su carácter oficial de embajadores; Trajano se consideraba dueño del mundo, creía que todo habia de someterse á él y se persuadió de que el emperador de Roma podia prender sin miramientos á los embajadores de Persia.

Era menester justificar la prision con un proceso, del que el mismo Emperador se constituyó en juez, atendido el elevado carácter de los tres personajes y la representacion que ejercian.

Dijoles Trajano que si habian ido allí á representar la rebeldía á las leyes del imperio, él se encargaria de vengar los derechos de Roma, á la que todo el mundo habia de obedecer.

—Tened en cuenta, Emperador, lo que nosotros representamos. Hemos venido aquí para tratar asuntos civiles y no debemos tolerar que se nos imponga una tiranía religiosa. Al confiársenos una mision, no se nos preguntó por nuestras creencias. Hemos venido como persas, y no teneis derecho á oprimirnos como cristianos. Ni nosotros nos metemos en la ley religiosa del Emperador, ni el Emperador puede meterse en la nuestra.

Aquel hombre acostumbrado á que antes de hablar con él los reyes depusiesen sus coronas, hubo de tomar á insulto semejante respuesta.

—Me dispense de discutir con vosotros, dijo; el tormento os hará mas comedidos: ya vereis cómo se trata á los que profesan una religion que debilita los espíritus.

—Os vamos á probar que los fortalece, contestaron, sabiendo sufrir por ella.

Los tres hermanos fueron tendidos en el suelo, se les azotó con duras correas, hasta bañarlos en sangre.

Al sacarles del tormento, Trajano les hizo entender que si no se retractaban solemnemente, dando una satisfaccion pública á la religion del imperio, les aguardaban tormentos mayores.

—Los que hasta aquí hemos sabido sufrir, le respondieron, cuando convenga sabremos morir.

Figuróse Trajano que si reunidos los tres manifestaban tanto valor, sin duda aislados seria mas fácil disuadirles.

—Todo es en vano, le contestaron unánimes. Vuestros dioses son de piedra; nos creemos mas que ellos, y nunca les hincaremos nuestra rodilla.

El Emperador les condenó á ser decapitados y á que se quemaran sus restos, para que no los recogieran los cristianos. Al terminar la ejecucion, los verdugos aterrados figurándose ver que la tierra se abria para tragarles, dejaron allí los santos cuerpos, á los que se dió honrosa sepultura.

Rómulo, que ejerció en la corte imperial un destino de alta confianza, fue enviado á las Galias, á fin de que averiguase lo que habia de verdad, respecto de lo que se decia de que en las legiones allí acantonadas, muchos se resistian á sacrificar á los dioses. Efectivamente era así. A pesar de las instancias de Rómulo, á pesar de los ruegos y amenazas, multitud de legionarios, y entre ellos el jefe Eudoxio, que tenia el carácter de ciudadano romano, se negaron á tomar parte en cualquiera solemnidad idolátrica, que importase la negacion de su fe; en vista de lo cual, fueron desterrados á Melfina, en Armenia. Conmovido Rómulo por el ejemplo de aquellos hombres que, tan sumisos á las órdenes del Emperador, cuando se trataba de obedecer como soldados, se resistian, no obstante, tan valerosamente á todo lo que pudiese implicar de su parte una apostasía, encantado ante la hermosa religion de las almas, ante el sublime culto de la caridad que profesaban y practicaban los cristianos, despues de algun tiempo de sérias meditaciones, acabó por convertirse á la fe.

Presentóse al Emperador para decirle que, no participando de las preocupaciones paganas, su situacion en la corte era algo comprometida, y que antes de faltar á los deberes de su

culto, preferia renunciar su puesto. Era esta una declaracion de cristianismo que la ley condenaba con la muerte. Rómulo fue decapitado.

Despues de haberse Trajano saciado en sangre de mártires, su estrella empezó á caminar rápidamente hácia su ocaso.

Habia un pueblo entregado á una especie de desesperacion, era el pueblo judío.

Un inmenso dolor ahogaba el pecho de los hijos dispersos de aquella nacion. Y lo que les oprimia no era precisamente el peso de la dominacion romana. Escepto en la Palestina, no podian quejarse de su posicion legal. Pero su templo habia caido, su sacerdocio se extinguia, sus sacrificios ya no existian, el tributo destinado hasta entonces al templo de Jerusalem se destinaba á Júpiter Capitolino; por otra parte, el tiempo designado por los profetas para la aparicion del Mesías habia expirado ya. Acuden á un recurso que, léjos de revelar el entusiasmo de una nacion que quiere recobrar su independenciam, no es mas que un golpe de desesperacion. Aprovechándose de la ausencia del Emperador y de sus tropas, el sacerdote desde el fondo del templo pronuncia palabras de terror y escita á la venganza: la poblacion judía de la Cirenaica se subleva para acabar con todo lo que fuese griego ó romano. De entre los romanos, unos son echados á las fieras, otros obligados á matarse mutuamente, otros aserrados vivos. Se comen su carne, se untan con su sangre, se hacen vestidos de su piel, y teniendo á su frente un hombre á quien califican de inspirado, de profeta, al cual llaman Bar-Cochebas, *hijo de la estrella*, le toman por rey, y pasan á degüello doscientas veinte mil personas.

El incendio se propaga por el Egipto, se introduce en la isla de Chipre y en Salamina, y teniendo los judíos á su frente á un jefe llamado Artemon, asesinan á doscientas cuarenta mil personas.

Ya no son únicamente los judíos los que se rebelan; Nísibe, Seleucia, Edessa contribuyen tambien á la rebelion que en el Asia va haciéndose general. Las guarniciones de los romanos, en donde no son arrojadas, son aniquiladas. El consular Máximo, que marcha contra los rebeldes, es muerto. Edessa y Seleucia son incendiadas.

Estas noticias sorprenden á Trajano mientras, ya demasiado viejo, soñaba en imitar las glorias del grande Alejandro, mientras proyectaba un canal que echase el Eufrates en el Tigris, y alimentaba el propósito de hacer una expedicion á la India. Los desastres del imperio le arrancaron de sus sueños para hacerle entrar en la realidad.

Roma habia estendido imprudentemente el círculo de sus cadenas; eran demasiados los pueblos que forcejaban para romperlas; el Emperador lo comprendió harto tarde. Trató de retroceder volviendo su autonomía á reyes vasallos. Respecto al imperio de los Partos, que él creia haber destruido, llama á sus jefes, los reune en una llanura, desde un lugar elevado les dirige una arenga, hablándoles de las glorias de aquel pueblo, proclama rey á Partamas-pato, y él mismo le pone la corona sobre la cabeza, encargándose al propio tiempo de repartir otras coronas de que él se habia apoderado. Su dominio en Asia habia terminado; despues de aquella perorata, el cetro de Ciro se caia de sus manos debilitadas.

Desapareció la creencia de que Roma era invencible despues de estas forzosas concesiones.

Fue menester que Trajano en persona marchase á dominar la sublevacion de Atra. Era un país sin bosques, sin pastos, casi sin agua. Trajano mismo, á pié, sin usar sus insignias imperiales, no distinguiéndose del último de sus soldados sino por su blanqueada cabeza y su esbelta estatura, conducia las tropas al asalto. Mas que contra los rebeldes tuvo que combatir contra los elementos. Cada vez que emprendian una accion desencadenábase una tempestad y el rayo caia sobre las legiones de Roma. Al cesar la tormenta, millones de insectos invadian el campamento mezclándose con la comida y la bebida del soldado.

El Emperador, acostumbrado á que le sonriera la fortuna, se sintió abatido á los primeros golpes de la desgracia. Conociendo que le faltaban las fuerzas, fatigado, enfermo, levantó el sitio.

Su salud iba inspirando cada día mas sérios cuidados. No pudiendo viajar por mar, se encaminó hácia el Asia Menor. Pocos días mas tarde, Trajano tuvo que detenerse en Selinonte, en la Cilicia, casi moribundo. El 11 de agosto del año 117 murió léjos de Roma, destrozado su pecho por la idea de no haber podido apaciguar las provincias sublevadas, sin que pudiese poner su firma en el nombramiento de su sucesor.

X.

Adriano.—Mártires de esta época.

La Providencia se valió de las agitaciones de una guerra continuada para propagar la divina religion de la paz. Los cautivos oían hablar durante su cautiverio de una Religion que no podia menos de ser simpática á los débiles y á los aprisionados, y de la que, al recobrar la libertad, se convertían en apologistas.

El árbol de la nueva Iglesia apenas acababa de nacer, y cubria ya con sus benéficas sombras todo el Oriente. Cesarea no tardó en ser una cristiandad muy importante. Antioquia, la patria de san Ignacio, aun despues de la muerte del ilustre mártir, continuó siendo la primera y mas floreciente de las Iglesias orientales (1).

En la Siria se habian formado las Iglesias de Seleucia, Berea, Apamea, Hierápolis, Ciro y Samosata.

En Mesopotamia florecen ya desde la cuna del Cristianismo las comunidades de Amida, de Nisibe y de Cascar. Un discípulo del apóstol san Tadeo, Maris, ocupa ya en Seleucia, cerca del Tigris, una silla episcopal.

La semilla echada por san Pedro produce abundantes frutos en la Arabia (2), y en Persia el Cristianismo tiene tambien numerosos adictos.

En España el Evangelio es predicado desde el primer siglo.

No solo el Cristianismo habia penetrado en la Galia, la Gran Bretaña, la Germania, sino que los pueblos mas bárbaros, tales como los Sármatas, los Dacios, los Seytas, los Létulos, y hasta las islas mas desconocidas habian recibido la Buena Nueva.

La persecucion de Trajano fue continuada por su sucesor, siendo el papa san Alejandro una de sus primeras víctimas.

Era este hijo de un ciudadano romano de su mismo nombre. Parece que este Pontífice hizo sus estudios bajo la direccion y con los consejos de Plinio el jóven, y que Plutarco le enseñó á meditar sobre la literatura griega, estudio que no podia desconocer un papa que habia de sostener correspondencia con tantas ciudades ilustres en que se hablaba la lengua de Homero y Herodoto.

Distinguíase por su profundo talento y vasta erudicion. Subió al pontificado á la edad de treinta años. «Jóven por su edad, como dice Novaes, pero viejo por sus costumbres, su saber y su virtud.»

Ordenó que los sacerdotes solo celebrasen una misa diaria (3).

Convirtió á la fe á Hermes, prefecto de Roma, á su esposa y á multitud de ciudadanos ilustres.

Habia sido ya preso en la época de Trajano.

Hallándose en la cárcel, segun refiere la tradicion, apareciósele de noche un niño con una hacha encendida en la mano, diciéndole:—Sígueme, Alejandro.

(1) Eusebio, *Hist. Eccles.* III, 36.

(2) Gálatas, I, 17.

(3) Novaes, I, 36.

El Obispo obedece sin vacilar. Las puertas se abren á su paso y los guardias se inclinan ante él.

El misterioso niño le conduce á la casa del tribuno Quirino, donde se hallaba preso Hermes. Los dos santos se abrazan, animándose mutuamente á sufrir por JESUCRISTO.

Esta escena conmovió á Quirino, y al ver despues que al contacto de las cadenas en que habia estado aherrojado Alejandro, curaba de una grave enfermedad una hija del tribuno, este se convirtió á la verdadera fe.

Tales hechos llegaron á noticia de los agentes del Emperador, quienes mandaron dar la muerte á Quirino y degollar á Hermes.

Á Alejandro, sometido al tormento, le preguntó el juez al admirar su paciencia:

—¿Por qué callas? ¿por qué no te quejas?

—Cuando el cristiano ora habla con Dios, le contestó Alejandro.

Fue martirizado, despues de haber regido la Iglesia por espacio de diez años. Sus restos se guardan en Santa Sabina, en Roma, debajo de un altar erigido por Sixto V.

En el principio del reinado de Adriano, su paso por la alta Italia se señaló por algunas ejecuciones. Cuéntase entre estas la de Marciano, Obispo de Tortone. Habia recibido su consagracion de manos de san Bernabé. Denunciósele por su celo en propagar el Cristianismo, lo que dió lugar á que se le sometiese al tormento, colocándosele entre dos planchas que estrujaban el cuerpo del paciente. Conservándose fiel en proclamar su fe, fue decapitado.

En la misma época sufrieron el martirio los dos hermanos Faustino y Jovita, naturales de Brescia, en la Lombardía: era presbítero el primero y diácono el segundo.

Hacian estos dos público alarde de profesar la religion cristiana, lo que, considerado por el Emperador como un insulto á las leyes de Roma, les hizo conducir al templo del Sol. Refiere la tradicion que el esplendor de la mentida divinidad se empañó, y que al querer los sacerdotes limpiar sus rayos de oro se hizo pedazos la estatua, en virtud de lo cual los santos mártires, acusados del doble crimen de Cristianismo y de magia fueron condenados á las fieras. Estas, en vez de devorarles, se inclinaban ante ellos. Bajóse á la arena una estatua de Saturno para que los santos mártires la adorasen; pero las fieras pisotearon el ídolo, en vista de lo cual fueron echadas del Circo para que se volviesen al desierto.

Se les sometió á los dos hermanos nuevamente al tormento, donde prorumpian en alabanzas al Señor.

Junto á ellos sufría tambien la tortura un antiguo pagano llamado Calocero, que la constancia de los dos mártires habia convertido á la fe.

No pudiendo este resistir la crueldad de los verdugos, dijo á Faustino y Jovita:

—Rogad por mí para que Dios me de constancia; porque sufro demasiado.

—Ten valor, le contestaron; con algunos momentos de sufrir compramos una eternidad de gozar.

Los dos hermanos entregaron su cuello al verdugo fuera de una de las puertas de la ciudad de Brescia el 15 de febrero del año 122.

Tambien Afra, viuda del gobernador de Brescia, se sintió impresionada por el valor de los dos mártires, proclamó valientemente su fe en presencia de Adriano, y fue decapitada.

Á su vez el ejemplo de Calocero condujo al martirio á Secundo, noble pagano de Asty.

De esta suerte los mártires hacian los cristianos.

Durante el primer viaje de Adriano á Atenas, encontrábase allí un vástago de las primeras familias de Mitilene que se llamaba Publio, el cual ejercia el cargo episcopal. La palabra de san Pablo, á quien recibió en su casa cuando iba prisionero á Roma, le condujo á la fe de CRISTO: fue constituido en sucesor de Dionisio el Areopagita, y recibió el martirio el año 125.

Teodora fue condenada á muerte por el delito de haber dado sepultura al mártir san Hermes.

En la misma Brescia fue decapitado san Calocero, que habia sido convertido al Catolicismo por Faustino y Jovita.

XI.

Primer paso de la Iglesia para entrar en la vida pública.

¿Qué se necesitaba en aquella época para hacer un mártir? Muy poca cosa. Algunas es-citaciones de parte de los judíos, que profesaban tan acendrado odio á la religion del Crucificado, un pequeño motin en que se revelase el fanatismo pagano, esto era suficiente para encender las hogueras y levantar los patibulos. De parte de los gobernantes un poco de celo mas ó menos hipócrita en favor de los idólos; y, lo que era mas general, bastante cobardía y mucha indiferencia por la vida de los hombres. Para hacer mártires ni siquiera se necesitaba la iniciativa imperial; para lo que en varias ocasiones se hacia indispensable todo el poder de los emperadores era para poner trabas al fanatismo popular contra los cristianos.

Este celo del poder civil, la Iglesia cristiana creyó llegada la hora de provocarlo. Hasta entonces los creyentes no hacian mas que esconder sus libros, los objetos del culto cuando arreciaba la persecucion, volviéndolo á sacar luego que llegaba un período normal. Hasta entonces la Iglesia no se presentaba á los tribunales sino en carácter de proscrita, esperando siempre un fallo condenatorio. Se oian allí protestas calurosas de fe; jamás se intentó una súplica: se aceptaba la confiscacion, la cárcel, el tormento, la muerte; hasta entonces no se habia pedido la libertad.

Pero, primero con Trajano y despues con Adriano, se inauguraba en el imperio una política menos injusta, mas humana. Ante este progreso en el órden social del que el Cristianismo guardaba el verdadero secreto, creyó la Iglesia que no era para ella una degradacion el pedir, ni una abdicacion el obtener.

La primera palabra de súplica partió de aquella Iglesia de Atenas en donde el génio colosal de san Pablo marcó un rasgo de union entre la oscura tradicion del género humano y la luz renovada del Evangelio.

Adriano amaba á Atenas, la patria de su inteligencia. Hombre de letras y de genio consideraba á Atenas como madre en el órden de su cultura. Adriano era griego por sus doctrinas, por la poesia, por el amor á las artes, hasta por sus costumbres. En Atenas Adriano no era ni soldado, ni siquiera emperador; era ante todo el admirador de Fidias, el discípulo de Sófoeles. Á Atenas Adriano la engrandeció, la hermoseó; á la humilde súbdita del imperio romano la otorgó la soberanía de Cefalonia, llenó de trigo sus graneros, le añadió una ciudad nueva que llamó la ciudad de Adriano; su solicitud de admirador de la gran capital la dotó de puentes, de acueductos, de bibliotecas, de templos, y embelleció aquel teatro tan glorioso en los tiempos de Eurípides, terminó aquel templo de Júpiter Olímpico en que habian trahado siglos enteros, colocando un Júpiter colosal de oro y pedrería.

Creyeron los cristianos que el que se gloriaba con el título de Arconte, aquel que se llamaba ciudadano de Atenas, aquel adorador de la Grecia seria mas benévolo que el César de Roma.

Tras del mártir Publio sentóse en aquella silla episcopal Cuadrato, quien presentó al Emperador una apología en favor del Cristianismo, invocando el recuerdo de los milagros que realizó el Salvador, los enfermos que curó, los muertos que resucitó, hechos que aparecian evidentes por el testimonio de las personas mismas que habian sido objeto de tales prodigios (1).

Otro cristiano, Arístides, discípulo ilustre de la escuela de Platon, presenta al Empera-

(1) Véase Eusebio *Hist. Ecles.*; el cual cita á Dionisio de Corinto y un escrito anónimo. Puede verse tambien á Jerónimo *De viris illustribus*, 19, 37, *Epist.* 70, *Epist.* 83 *ad Magnum*.

dor, en su carácter de erudito, de retórico, al discípulo de los antiguos sábios, otra apología de la religion cristiana (1).

Háblase además de una tercera apología dirigida á Adriano y escrita por Aristo de Pella (2).

¿Qué significaban estas apologías presentadas al Emperador? Era el Cristianismo pidiendo por primera vez su entrada en la vida pública. En tiempo de emperadores déspotas no habia para él mas que cadalsos, y subia con gusto á ellos; en tiempo de emperadores filósofos veia abierta la arena de la discusion y reclamaba el derecho de ser discutido. Era el primer paso para sentarse en los escaños de la escuela y subir despues á la tribuna.

No fue la voz que se perdía en el desierto.

En Adriano habia dos hombres: de una parte el romano supersticioso, corrompido, que por nada ni por nadie queria dejar caer de sus espaldas su manto de Pontífice; de otra parte, el hombre de la razon, el filósofo, el partidario de la justicia: faltaba solo que el hombre de la justicia venciese en él al hombre de la supersticion.

No dió, es verdad, un edicto de tolerancia pública oficial, sin cortapias; no habia llegado aun la hora de hacerlo; no absolvió solemnemente al Cristianismo.

Pero Adriano, si no supo aun llegar á las alturas de Constantino en este terreno, sobrepujó á Trajano su antecesor.

Á la gritería del populacho gentil contestó en la siguiente carta:

«Á Minucio Tundano (procónsul de Asia).—Recibí la carta del ilustre Serenio Granianno, tu antecesor. Es menester que se esclarezca debidamente el asunto de que ella trata, de lo contrario traeríamos la perturbacion á los espíritus y proporcionariamos á los calumniados pretextos para hacer daño. Si, para apoyar los ataques contra los cristianos, los habitantes de la provincia tienen motivos suficientes que hacer valer ante la justicia, que lleven el asunto á los tribunales, pero que no se acuda á tumultos ni á gritos en las calles. Lo que debes hacer es que el acusador se presente y que te entiendas con él en la acusacion. Si se presenta un acusador y prueba que los cristianos hacen algo contra la ley, resuelve tú mismo, segun la gravedad del delito. De lo contrario, ¡por Hércules! si no se busca mas que ocasion de calumniar, procede contra estas maniobras crueles, y encárgate de castigarlas (3).»

El Cristianismo en sí, pues, dejaba de ser un crimen. Se podia ser cristiano y hasta manifestarse tal, sin hacerse reo de condenacion por este mero hecho.

Adriano parece que hasta llegó á comprender algo del Cristianismo, pues acabó por edificar templos sin ídolos, á los que, no sabiendo que nombre dárseles, se les llamó *Adrianos* (4). Hizo mas: trató de colocar á JESUCRISTO entre sus divinidades (5). Pero los sacerdotes gentiles, mas previsores que él, le hicieron decir por medio de sus oráculos: «Que si aceptaba al Dios de los cristianos, pronto en el mundo no habria mas que cristianos; que entonces los templos del Nazareno acabarian con los templos de Roma (6).» Convencido de lo que se le dijo, ó espantado tal vez al comprender el alcance de su obra, Adriano retrocedió.

Para subir á las alturas del Cristianismo no es suficiente la escalera de la humana filosofía. No bastaba que abriese su inteligencia á la luz; antes que todo era menester que abriese su corazon al arrepentimiento. Se necesitaba pasar por el camino del bien, tal como lo enseña el Evangelio, para llegar á las cumbres de la verdad cristiana. Habia en aquella conciencia demasiados puntos flacos; la doctrina de CRISTO en aquel hombre formado en los vicios del paganismo habria agitado demasiados remordimientos. Aquel gentil no habia de

(1) *Hieronym*, 7. *Catal.*, 20, *Ep.* 83, *Ad Magnum*.

(2) *Cron. Paschale*.

(3) El texto griego de esta carta se encuentra en Eusebio, *Hist. Eccles.*, IV, 9, en Nicéforo Calixto y á continuacion de la primera apología de san Justino. El texto latino se halla en la traduccion de Eusebio por Rufino.

(4) *Hadrianus templa in civitatibus sine simulacris fieri fecit, quæ id circo... dicuntur Hadriani*. Lampride, *In. A. lex.* 43.

(5) *Christo templum facere, eumque inter deos accipere*. *Ibid.*

(6) *Consultantes sacra reppererunt omnes christianos futuros, si id optate evenisset, et templa reliqua desserenda*. Lampride, *Ibid.*

permitir que penetrasen en el fondo de su alma las grandes claridades del Cristianismo que habrían revelado tristes manchas, que él podía querer como gentil, y á las que hubiera tenido que renunciar como cristiano.

De todos modos, el Cristianismo se habia hecho oír de un emperador. Aquella escuela oscura acababa de salir á la luz; aquella religion que no mereció hasta entonces ser escuchada acababa de obtener una audiencia del César. El imperio empezaba á acostumbrarse á la voz de la Iglesia.

XII.

Profanaciones de Adriano.

Una tercera sublevacion de parte de los judíos dió lugar á hechos que están en desacuerdo con las esperanzas que Adriano daba motivos para concebir.

Esta vez la rebelion estalló en la Judea misma, en los alrededores de Jerusalem.

Los judíos, al menos en apariencia, estaban sumisos á Roma y hasta se presentaban lisongeros y aduladores ante los representantes del imperio.

Adriano, en su permanencia en Siria, tuvo la curiosidad de visitar las ruinas de Jerusalem. Durante esta expedicion concibió el pensamiento de reedificar la ciudad derruida, pero de reedificarla, no ya judáica, sino romana; en vez de Jerusalem, Adriano quiso darle su nombre, y llamóla *Ælia Capitolina*; sobre los escombros del famoso templo levantó un Capitolio, proclamóla ciudad de Júpiter y poblóla de colonos romanos.

Cuéntase además que Adriano quiso prohibir la circuncision, y los talmudistas pretenden que una hija del Emperador hizo arrancar un cedro que consideraban como sagrado, haciéndolo servir para reparar su carroza.

Los judíos estaban exasperados; pero prefirieron aguardar á que el Emperador y su ejército se ausentaran, á fin de acertar mejor el golpe.

La revolucion estalló apenas hubo salido Adriano. Los judios se armaron en masa como un solo hombre, echando mano de las armas que confiaron á sus herreros las legiones para que las reparasen, armas que ellos mismos hicieron defectuosas con el objeto de que se las dejaran por inservibles. Levantáronse como por encanto las numerosas fortalezas que Tito habia hecho destruir, las que se pusieron en comunicacion por medio de subterráneos, á fin de que los defensores pudieran auxiliarse mutuamente ó tener por allí segura la retirada.

Por otra parte, la desesperacion de los judíos habia llegado á su colmo. Mas de cien años iban trascurridos desde la aparicion de Cristo, habian expirado desde mucho tiempo las sesenta y dos semanas de Daniel, los ochenta y cinco jubileos de Elías; todos los horizontes aparecian cerrados. Muertos los judíos como pueblo, debian morir como religion.

Entonces fue cuando apareció Cozbad ó Bar-Cozbad, (mentiroso, ó hijo del mentiroso), que cambió su nombre con el de Cochebas ó Bar-Cochebas (estrella, ó hijo de la estrella).

Los judíos creyeron que se referia á él el anuncio de Balaam: — «*Saldrá estrella de Jacob, y levantarás cetro de Israel, y herirá los cantones de Moab, y destruirá todos los hijos de Seth... Israel se portará varonilmente. Y el de Jacob se enseñoreará y destruirá de la ciudad lo que quedase* (1).

Bar-Cochebas contó con el apoyo de Akiba, que despues de haber sido pastor por espacio de cuarenta años, tomó el carácter de rabino distinguido y fue venerado por los judíos, los cuales hasta hoy le consideran como un segundo Mesías (2).

(1) Números, xxiv, 17, 18, 19.

(2) Hieronym., *Apoc.*, II, *adv. Ruf.*

Decían los judíos que de la boca de Akiba salía una llama de vivísimo fuego, se paseaba rodeado de sus numerosos discípulos, los cuales, habiendo visto en el recinto arruinado de Jerusalen un chacal corriendo por la montaña, tuvieron el consuelo de oír de boca de Akiba el anuncio que ellos verían reedificarse el templo.

Al presentarse Bar-Cochebas, Akiba declaró solemnemente que aquel era el Mesías, le dió la unción real, le hizo montar en un caballo, del cual él sostenía el estribo, y le ciñó la *espada de Jehová*.

En aquella ocasión solo el rabino Jochanan se resistió, diciendo: «Akiba, la yerba se levantará sobre los restos de Bar-Cochebas, y el hijo de David no habrá aparecido todavía.»

La advertencia fue inútil. Los judíos palpitaban todos de esperanza, y no solo en Palestina, sino en todas las provincias en donde ya habían vertido su sangre en tiempo de Trajano, se sublevaron unánimemente. Jerusalen fue tomada, los romanos asesinados, el templo de Júpiter derribado.

Mas los judíos convertidos al Cristianismo no quisieron sublevarse. Para ellos Bar-Cochebas no era mas que un impostor; las profecías no habían de consumarse, porque lo estaban ya.

Nueva hecatombe de mártires cristianos se levantó en la Palestina. Los fanáticos judíos hicieron caer sobre ellos todo el peso de sus venganzas. Sus compatriotas les arrastraron al suplicio por no querer sublevarse contra sus perseguidores.

Adriano llamó inmediatamente de la Bretaña al mas hábil de sus generales, á Julio Severo. Los judíos se batían como leones; disputaron á sus enemigos el terreno palmo á palmo, se apoderaron de las alturas, escogieron por última fortaleza las ruinas de su vieja capital, resueltos á sepultarse entre ellas.

Tres años costó á Roma la pacificación de aquel país. La victoria se adquirió anegando en sangre á quinientos mil judíos.

La lucha fue terrible. Cincuenta fortalezas fueron tomadas y convertidas en escombros, se destruyeron novecientas ochenta y cinco poblaciones, toda la Judea fue asolada. Según los judíos, hubo torrentes de sangre bastante caudalosos para arrastrar piedras de cuatro libras de peso á cuatro millas de distancia, y durante siete años no hubo necesidad de abonar las tierras, porque para ello bastaron los cadáveres.

Adriano resolvió que aquella sublevación fuese la última.

Los que escaparon de la muerte fueron vendidos como esclavos. En el famoso mercado de Terebinto se hizo la primera subasta de cabezas humanas; el hombre era vendido al precio del caballo; y aquellos que no podían venderse en la Palestina, eran llevados á Egipto.

Lo que aun quedaba de Jerusalen fue destruido, el lugar del templo nivelado, sembrado de sal en señal de maldición y de esterilidad. En la entrada de la vieja capital se pintó la imagen de un cerdo, y solo una vez al año les era permitido acercarse á la ciudad santa para ir á cantar las lamentaciones de los profetas sobre sus ruinas, para conmemorar el aniversario de la destrucción del templo por Tito. En los demás días solo el acercarse al recinto de Jerusalen constituía para todo judío un delito, que era castigado con pena capital.

Aun hoy, el día del aniversario de la destrucción de Adriano ruegan á Jehová que castigue al segundo Nabucodonosor que destruyó cuatrocientas ochenta sinagogas.

Adriano hizo mas. Acabó de consumir la deshonra sobre aquel triunfo, con la sacrilega profanación de los lugares mas venerados por los cristianos, cabalmente cuando no solo estos se opusieron á la revuelta, sino que se constituyeron por ello en objeto del furor de los judíos. Sobre la colina de la Ascension se colocó una imagen de Júpiter; sobre la del Gólgota una estatua de Venus. Belen quedó dedicada á Adónis; plantóse allí un bosque sagrado, y la santa gruta donde nació el Salvador se dedicó á su vez á aquella impura semi-divinidad de los fenicios (1).

Es cierto que á los cristianos se les permitió entrar en el recinto de Jerusalen; pero no

(1) Hyeron., *Ep. 49. ad Paulin.*

queda la menor duda acerca las profanaciones que acabamos de consignar y de que aquel período se revistió con nuevos mártires.

En aquella época murió en Pamfilia toda una familia de esclavos.

El amo les exigía que tomasen parte en unos sacrificios idolátricos para celebrar el nacimiento de un hijo.

—¿Y qué, dijeron estos esclavos á su madre; debemos obedecer á estos impíos antes que al Señor?

Y al aproximarse su amo para forzarles á contribuir á la ceremonia gentilica le dijeron:

—La fortuna te ha hecho señor de nuestros cuerpos; pero JESUCRISTO lo es de nuestras almas; preferimos á tu servicio el servicio de CRISTO.

Se les suspendió en un árbol, donde al destrozales con uñas de hierro, decia al verdugo la madre de los mártires:

—¿Por qué no se nos castiga mas? Estos golpes son harto débiles; escoge otros tormentos.

Las valientes víctimas fueron echadas en un horno, donde murieron cantando las alabanzas de Dios.

En Roma murió santa Sofía con sus tres hijas Pistis (fe), Ebpis (esperanza), y Agapa (amor).

Las desgracias comunes parece que debieron haber unido á judíos y cristianos. No fue así.

En adelante, como ya lo venian haciendo desde mucho tiempo, los judíos se constituyeron en espías de los cristianos. Ellos, que al proclamar la independencia de la Palestina fueron con los cristianos mas crueles que los idólatras, trataban de granjearse la voluntad de los gentiles denunciándoles á los que creían en JESUCRISTO.

El rabinismo, que era entre los judíos tan poderoso, se empleaba especialmente en alejar á los descendientes de Israel de la religion cristiana. En las sinagogas se pronunciaba solemnemente el anatema contra el CRISTO entre insultantes risotadas. Cada mañana al levantarse, al medio dia y por la noche, cada judío debia exclamar: «¡Que Dios maldiga al Nazareno!»

La Sinagoga venia siendo el taller donde se fabricaban todas las difamaciones, todas las calumnias contra los cristianos. Los judíos se constituian espontáneamente en esbirros del fanatismo idolátrico.

Las prevenciones, el odio de los judíos contra los cristianos, tienen una explicacion muy natural. Creyeron aquellos que la religion cristiana acabaria en la cruz á que ellos condenaron á su Fundador; y mientras cada nuevo hecho determinaba un nuevo grado de decadencia en el culto judaico, en cambio cada dia que pasaba se señalaba para la Iglesia de CRISTO con nuevos aumentos.

Los judíos se habian sublevado ya en tres ocasiones distintas, y cada vez para hundirse mas; los cristianos no se sublevaban nunca. Los judíos acudian á la fuerza de las armas; los cristianos solo las tenian mientras su conciencia les permitia estar á las órdenes de los poderes constituidos; al creer que como cristianos no podian obedecer un decreto imperial empezaban por soltarlas. Los judíos estaban cuando menos bajo la ley de los vencidos, que al fin era una ley; para los cristianos la ley no existia, hallábanse á placer de las masas, al arbitrio del último de los agentes del poder. Aun cuando á los judios se les castigaba como nacion, quedaban libres como sinagoga; su fe no se proscribia, sus casas de oracion eran respetadas, licitas sus reuniones; sus mujeres ostentaban públicamente el velo que las daba derecho á ser reconocidas como tales; en sus mismos sepulcros podia colocarse la palma, el candelabro, los títulos de *padre*, de *madre de la Sinagoga*. Nunca se les obligó á ofrecer incienso á los ídolos, nunca se les sometió al tormento. Entre los judíos pudo haber soldados que muriesen luchando por las leyes patrias; pero jamás hubo mártires. Y sin embargo, la Iglesia

cristiana proscrita, perseguida, no dejaba de progresar; la Sinagoga, mas libre, íbase extinguiendo.

Desde la época de Adriano el judaismo ya no tiene profetas, ya no tiene sábios, ya ni siquiera tiene guerreros. Pasó á ser una secta pueril en la observancia de la ley, capciosa en sus doctrinas; una comunidad de traficantes que no piensan sino en realizar sus negocios, en cuidar de sus intereses materiales, en satisfacer su miserable egoismo. Despues de JESUCRISTO, la Sinagoga no era una Iglesia, no era mas que un pueblo; estuvo como á tal, sujeta á las vicisitudes históricas de un pueblo.

Hasta el mismo Akiba murió, no como mártir que confiase en la inmortalidad de su causa, sino como desesperado, lanzando imprecaciones contra el rabinismo y aconsejando á sus hijos que se abstuvieran en adelante de comprometerse ni por su fe, ni por su nacionalidad. «Es que, dice Bossuet, no quedaba á Israel sino un duelo eterno y una lamentacion sin fin.»

XIII.

Últimos tiempos de Adriano.

Á pesar de su clara inteligencia, Adriano era hombre de costumbres corrompidas. Los paganos le echan en cara sus adulterios; los cristianos le reprochan crímenes no menos vergonzosos.

Así se explica el que andando los años se anublase de una manera bien triste aquella inteligencia que en el primer período de su imperio apareció tan despejada.

En la embriaguez de sus pasiones, dejó de ser filósofo para no ser nada mas que pagano. Fue fanático, supersticioso, hasta fue cruel.

En el interior de su palacio trataba á su esposa Sabina como una esclava, hasta el punto de que ella proclamara en alta voz, que no habia deseado ser madre para no hacer la desgracia del mundo dándole un hijo de Adriano (1).

La historia consigna su comportamiento con el célebre constructor del puente de Trajano, Apoliodoro de Damasco. Este se habia atrevido á criticar al Emperador como á estatuario, respecto á las dos diosas de talla colosal que estaban sentadas en los templos de Vénus y de Roma, de las cuales dijo: «Si un dia las diosas llegan á levantarse, no podrán salir del templo.» Este juicio le costó la muerte.

Aquejábale una enfermedad larga, dolorosa, humillante. Se habia vuelto melancólico, caviloso. Al agravarse esta enfermedad se volvió sanguinario. Este César, viejo é hidrópico, preveia próxima su muerte, é inquieto por el porvenir de Roma, ordenaba matanzas por precaucion. Cualquiera que á su juicio pudiese aspirar al imperio, por solo esta sospecha era condenado á morir. Los mismos que habian contribuido á su elevacion, que ejercieron durante su reinado un papel importante, eran objeto de sus temores. En cada amigo su misantropía le hacia ver un futuro emperador. Marcio Turbo, su prefecto de pretorio, fue degradado y perseguido; Taciano, que contribuyó á que el Emperador fuese adoptado por Trajano, sufrió la proscricion; muchos de los que cooperaron á su grandeza viéronse reducidos á la indigencia ó al suicidio. Su cuñado Serviano, de noventa años de edad, pereció, lo mismo que su nieto que no tenia mas que diez y ocho. ¿De qué crimen se les acusaba? El nieto era culpable de tener en favor suyo ciertos presagios que le anunciaban la púrpura; el cuñado, de haberse sentado una vez en una silla reservada al Emperador y haber hecho algunos presentes á los esclavos de palacio. Sabina, su esposa, murió envenenada, siendo muchos los que aseguran que fue el Emperador quien le proporcionó el veneno. Es verdad que despues de muerta la proclamó diosa. «Le importaba poco, dice Lenain de Tille-

(1) Aurel. Vict., *Epist.*

mont, que estuviese en el cielo ó en el infierno, con tal de que no estuviese en la tierra.»

Acercábase para Adriano la suprema crisis. Á la par que su cuerpo, iba extinguiéndose su espíritu, y al apagarse su inteligencia apoderábase de él el delirio homicida de los emperadores romanos. En su hora de calma era supersticioso hasta la fatuidad; en su hora de fiebre era sanguinario hasta la locura. Cuando ya apenas podia escribir, se entretenia en dar decretos de muerte. Concebia sospechas de un senador, de un patricio, fuese quien fuese, tenia desde luego que ser ajusticiado. Hasta con soldados desconocidos sació su crueldad aquel César moribundo.

Se concibe, pues, perfectamente, que ejercitase su furor, su sed de sangre en el *anima vili* de los cristianos.

Terenciano, que habia sido consagrado obispo de Lodi, en la Umbría, por los Apóstoles, acusado de propagar con su palabra la doctrina de Cristo, fue condenado á que se le arrancase la lengua y se le degollase despues en 1.º de setiembre del año 138.

Eusiquio, natural de Cesarea, en la Capadocia, ingresó en la Iglesia cristiana, luego de muerto su padre, que era gentil. Acusósele por su fe, lo que le valió el verse encarcelado por mucho tiempo. Apenas recobró su libertad, consagróse á vender su rico patrimonio, de cuyo producto dió la principal parte á los que le habian delatado, á los que consideraba como sus principales bienhechores, pues le proporcionaron la dicha de sufrir por JESUCRISTO, dando lo restante á los pobres. Se hacia conocer en público como cristiano práctico, en virtud de lo cual se le martirizó pasándole con una espada.

Adriana, jóven griega que vivia en Frigia, llevada por su entusiasmo en favor de su fe, sintióse movida á ir á proclamar la divinidad de JESUCRISTO en medio de una gran solemnidad pagana. Se la puso presa inmediatamente, se la colocó en el tormento despues, y por fin fue degollada.

Igual suerte cupo al senador Fileto, á su esposa Lidia y á sus hijos Macedon y Teoprépides.

Juvencio, obispo de Pavía, y que trabajó con mucho ardor en la evangelizacion de aquella parte de Italia, fue martirizado en la ciudad de su sede.

Cerdeña guarda con particular veneracion los restos de las santas Justa, Justina y Ene-dina, martirizadas tambien en aquella época.

Una antigua lápida conserva el recuerdo de Gabino y Crispulo, que sufrieron por aquel tiempo el martirio en Torres de Cerdeña.

Montano servia en el ejército de Roma. Habíase constituido en apóstol de sus compañeros de armas, cuando al saberlo el Emperador, le llamó él mismo á que se presentase ante él. Confeso y convicto de su delito se le condenó á pena de azotes. Montano, en vez de ceder, prosiguió con mas fervor su obra de propaganda cristiana, y acusado en Terracina de hablar contra los dioses se le cortó la lengua, muriendo despues degollado.

Fraida, jóven cristiana de Alejandría, al ir por agua á una fuente, vió junto á la playa al prefecto de la poblacion que iba á embarcarse en un buque lleno de presos. Tuvo la curiosidad de preguntar por qué se habia preso á aquella multitud de personas.—Porque son cristianos, le contestaron.

—Pues cristiana soy yo tambien, dijo la muchacha con angelical ingenuidad. Al punto se la colocó entre los demás, sometiéndose á todos al tormento en Andrinópolis, á donde se les condujo, y fueron despues degollados, ocupando el primer lugar la vírgen Fraida.

En la iglesia de San Marcelo, una de las mas lindas de Roma, se guarda el cuerpo de santa Digna-Emérta, que pagó con su vida el ardor de su fe.

Adriano, desde el dia en que conoció la gravedad de su dolencia, quiso retirarse á Tibur (Tívoli), ciudad del Lacio. El sitio estaba perfectamente escogido. Dificilmente podia encontrar algo mejor que aquellos ricos paisajes, que se estienden á orillas del Anio.

En vez de los viajes en que habia gozado tanto, tenia necesidad de una vida sedentaria;

en vez de costumbres severas, creyendo próximo su fin trataba de rodearse de flores antes que para él estas se marchitasen para siempre; en vez de una mesa comedida la esplendidez de dilatados festines que no hacian mas que empujarle al sepulcro.

Recordando lo mucho que disfrutó en sus viajes, trató de reunir en Tibur todo cuanto de magnífico habia contemplado. Desde su cama de enfermo podia admirar la Academia, el Peñon, aquel riquísimo Museo público de Atenas, donde se conservaban las obras maestras de los grandes pintores; el Pritaneo, donde en Grecia se congregaban y mantenian á costa del Estado los cincuenta senadores investidos del título de pritanos y donde se conservaban los penates públicos y el fuego de Vesta; toda Atenas, en fin, con sus teatros, con sus templos, con sus paseos, todo estaba reproducido allí, en piedra, en bronce, en mármol, dentro de un circuito de cuatro leguas y media.

Cuando sus fuerzas le permitian levantarse de la cama podia allí sentarse en el Liceo, respirar en el valle de Tempe, tan delicioso que, segun los poetas, era el paseo de los dioses, visitar los Campos Eliseos. Si le ocurría el deseo de cazar, los ciervos andaban por allí á manadas; si queria darse el espectáculo de la naumáquia, veíanse desde luego flotar los buques en un inmenso estanque de mármol. Á mas de Atenas, estaba allí Egipto, con sus estatuas, con sus ídolos, con los dioses de Menfis. Todos los pueblos, todas las épocas, todos los estilos se dieron allí cita, obedeciendo á las órdenes de Adriano, que contaba con numerosos y hábiles artistas, dispuestos á satisfacer hasta sus menores caprichos.

Durante su residencia en Tibur fueron sacrificados en aquella ciudad gran número de cristianos. Una sola familia proporcionó diez mártires.

Getulio tenia el empleo de tribuno en el ejército de Adriano. Impulsado por la gracia, deseoso de seguir el consejo evangélico en toda su estension, dejó Tibur, su fortuna, su esposa, sus hijos, para retirarse á un lugar retirado en el país de los Sabinos. Un agente del gobierno de Roma, llamado Cereal, fue comisionado para hacer algunas investigaciones, respecto á las ideas y á la conducta del que, habiendo sido antes bravo militar, abandonó tan de improviso las filas de la milicia, donde por sus cualidades podia conquistarse posicion y gloria. Cereal encontró allí á Getulio con su hermano Amancio, que si bien profesaba la fe cristiana, no por esto se creyó en el deber de abandonar el distinguido puesto que ocupaba entre las legiones imperiales. El lenguaje de Amancio y las virtudes de Getulio admiraron á Cereal, quien cambió muy pronto la severidad del juez por la adhesion del discípulo.

No tardó en comparecer allí el obispo de Roma, que tuvo noticia de la extraordinaria piedad de Getulio, de la fe de Amancio y de las buenas disposiciones de Cereal para entrar en el gremio de la Iglesia.

Era Sixto un hombre venerable perteneciente á la familia senatorial de los Pastore, el cual habia sido elevado á la sede romana el 29 de mayo del 119. Su reconocido celo para evitar toda clase de perturbacion en la jerarquía católica, le inspiró la previsorá medida de que ningun obispo llamado á Roma, al regresar despues á su diócesis, fuese recibido en ella, si no presentaba al pueblo Letras apostólicas, llamadas *Formatæ*, en que se recomendaban la unidad de la fe y el mútuo amor entre el Pastor supremo de la Iglesia y los fieles que á ella pertenecian (1). En su interés á favor del gran respeto con que deseaba se celebrasen los divinos misterios, ordenó que solo los ministros sagrados pudiesen tocar el cáliz y la patena.

(1) Se llamaban *formatæ* estas cartas en razon al sello ó á la forma especial que se empleaba para escribirlas. Además de las *formatæ*, ya desde los primeros tiempos vemos usarse otras clases de cartas, cuales son las *canónicas*, mas esplicitas que las *formatæ*, y que tambien se dirigian á los obispos al regresar á sus obispados; las *pacíficas*, *communicatorias*, que se concedian á los peregrinos como testimonio de su estado de comunión con la Iglesia; las *comandatitias*, de que usaban los peregrinos para las necesidades de su viaje; las *dimisorias*, que atestiguan que un clérigo habia salido de su diócesis con permiso de su prelado; las *sinodalia*, que se daban en diversos casos, y se llamaban *encíclicas* ó circulares y *catolicæ* cuando se dirigian á toda la cristiandad; las *decretalia*, con las que los pontífices romanos contestaban á varias consultas ó prescribian la conducta que habia de observarse, y las *confesorias*, de que se servian para que los cristianos débiles, que por temor al tormento hubiesen renegado de su fe, pudiesen ser admitidos á hacer penitencia. Habia además las cartas *apostólicas* que procedian de los romanos pontífices, en virtud de su apostólica autoridad, siendo de esta clase los *breves*, por cuyo nombre entendian en un principio los antiguos las actas en que estaban detallados los bienes, y que conocemos hoy con el nombre de *inventarios*. Hoy la palabra *breve* se ha generalizado llamándose así las cartas misivas de los pontífices romanos. Ha-

Sixto corrió á Gabie, en donde se hallaba Cereal, y en una cripta le administró el bautismo.

Á efecto de la denuncia del agente fiscal, Amancio y Getulio fueron conducidos ante el juez, al que contestaron con el sonris del triunfo, muriendo con el nombre de JESÚS en los labios.

Los restos de Getulio fueron religiosamente recogidos por su esposa Sinforsa y sus siete hijos Crescencio, Juliano, Nemesio, Primitivo, Justino, Estacteo y Eugenio, los cuales los sepultaron y fueron á rezar sobre ellos las santas vísperas de los mártires.

¿Iban allí á rogar en favor del mártir su esposa y sus hijos? No iban á rogar por el mártir; iban á que el mártir rogase por ellos.

La oracion elevada á Dios por mediacion de los mártires es tan antigua como el Cristianismo. Son evidente testimonio de ello las inscripciones que se encuentran en los sepulcros de los primitivos cristianos que obtenian la honra de morir por JESUCRISTO.

Hé aquí algunas de estas inscripciones:

Januaria, disfruta de tu felicidad y ruega por nosotros (1).

Mártires santos, pensad en María (2).

Ruega por nosotros, porque sabemos que tú estás con CRISTO (3).

Vicenta, tú que vives con CRISTO, ruega por Feba y por tu marido (4).

Aurelio, Agapito y Aurelia, Felicísima á su alumna. Felicitas muy digna, que ha vivido XXX años y VI y ruega por Ceisniano tu esposo (5).

Sabbatio, alma querida, ruega y suplica por tus hermanos y compañeros (6).

Atico, tu espíritu goza de la felicidad, ruega por nosotros (7).

Juliano, vive en Dios y ruega (8).

Exuperancia en paz ruega dichosa (9).

Junto á este epitafio hay representada una estufilla, de la que salen llamas, instrumento del suplicio que figura tambien en las *Actas de los mártires*.

Algunas inscripciones se refieren á votos y ofrendas hechas á los mártires:

Pedro y Pancara han hecho este voto á la mártir Felicitas (10).

bia tambien las *clericæ*, ó clericales, dadas por el clero en época de Sede Vacante. San Agustin habla de cartas llamadas *fractoriae*, por las cuales los principes se comunicaban con los obispos para asistir á los Concilios, dándose el mismo nombre á los que se cambiaban entre sí los prelados al darse cuenta de algun asunto de importancia. Denominábase, por fin, *privadas* las que no eran notadas con un título especial de comunicacion ú otras señales públicas.—Véase *Artaud de Mentor*, quien cita á San Agustin, Sangallo, Sirmond, du Cange, etc.

(1) JANVARIA, BENE REFRIGERA ET ROGA PRO NOS. (Cementerio de Calixto).

(2) MARTYRES SANCTI IN MENTE HABETE MARIA(m). Aquileo.

(3) Cementerio de santa Inés. Marini, *Acti dei frati Arvati*.

(4) PETAS PRO PHOEBÆ ET PRO VIRGINIO TUO. (De Rossi. *Rome subterraine*, XLVIII, 33).

(5) AURELIUS, AGAPITUS ET AURELIA
FELICISSIMA ALUMNÆ FELICITATI
DIGNISSIMAE QUAE VICSIT
ANIS XXX ET VI
EPPETE PRO CEISNIANO CONJUGEM.

(Marangoni, *De cæmet*, SS. Satum).

(6) SABBATI DULCIS
ANIMA PETE ET RO
GA PRO FRATRES ET
SODALES TUOS.

(E cæmet. SS. Gordiani et Epimahi).

(7) ATTICE, SPIRITOS TVOS
IN BONO ORA PRO PAREN
TIBUS TVOIS.

(Marangoni, *E cæmet*. Callisti, pág. 113).

(8) JULIANE VIBAS IN DEO ET RO (GA).
(E cæmet. Callist. Buonarot., *Vet ant.*).

(9) *Exuperantia in pace petas po no felix.* (E cæmet. Callisti Arringh., t. I, pág. 321). Las sílabas *po, no*, parecen ser una abreviacion de *pro nobis*.

(10) *Petras et Pancara BOTUM POSVERUNT MARTYRE FELICITATI.* (E cæmet. *Cyriacæ*).

Egregius lapis, dice Muratori, ad confirmandam vetustatem dogmatis de intercessione sanctorum.

Hemos aducido estos datos, como testimonio indiscutible de que ya en la primitiva Iglesia se rogaba por conducto de los mártires.

Creía ya entonces la Iglesia, como ha creído en todas épocas, que las almas de los mártires al volar al cielo no rompen la relacion de plegaria que constituyen un precioso lazo entre los hijos de la Iglesia. La oracion en el mundo de las almas es un don mútuo, que obedece á la ley suprema de caridad, por la cual nos prestamos comun ayuda en las necesidades de esta vida mortal. Los santos son los ricos en esta sociedad espiritual; ellos derraman constantemente su tesoro de oraciones, y su limosna tiene el precio que le dé el amor para con Dios. Cuando una de estas almas deja la tierra, no se hiela su caridad solo por el hecho de que su corazon de carne y de sangre quede petrificado por la muerte; el último suspiro que recogen los que le rodean no contiene la última oracion en favor de sus hermanos; la espada del verdugo al separar la cabeza de su tronco no separa su espíritu de la gran sociedad de las almas, ni el cielo debe concebirse tan estrecho que encierre en un eterno egoismo la piedad fraternal. Creer lo contrario seria figurarse que el alma de un mártir, de un santo, en la hora de su trasfiguracion deja ya de tener el influjo de sus oraciones, cuando cabalmente empieza su vida en el seno de Dios; y que desaparece en el cielo esa especie de omnipotencia de la criatura, que es la plegaria.

Sin duda cuando la viuda y los hijos de Getulio se encontraban reunidos en oracion junto á su lecho, el santo oraba por ellos para que Dios les comunicase la fe de los héroes, el valor de los mártires.

Era la época en que Adriano al terminar su palacio de Tibur iba á ofrecerlo á los dioses, el Emperador consulta al oráculo, el cual le contesta:

—La viuda Sinforosa y sus hijos invocando á su Dios me insultan todos los dias.

—Pues yo les forzaré, contestó Adriano, á consagrar sacrificios á las divinidades de Roma.

Al obligarse á Sinforosa á que se presentase, ella exclama con singular satisfaccion:

—¿Á qué debo la dicha de que yo y mis hijos podamos ser inmolados como víctimas al Señor?

Al amenazársela con la muerte, Sinforosa contesta con la mayor serenidad:

—Estraño es que supongas que semejante amenaza ha de intimidarme, cuando cabalmente morir para mí es ir á gozar con mi esposo Getulio, sentenciado tambien á muerte por el nombre de CRISTO.

La virtuosa viuda fue abofeteada, y se la colgó de los cabellos teniéndola suspensa en el aire. Desde allí exhortaba á sus hijos diciéndoles:

—Que sepais sufrir contentos como yo sufro: ya que vosotros sois hombres, no seria bien que os aventajara en firmeza una mujer.

Atada al cuello una enorme piedra, la valerosa viuda fue echada al Anio, entregando allí su espíritu al Criador.

Ciego adorador de la Grecia, Adriano se habia vuelto fanático por sus divinidades, adoptando entre ellas particularmente aquellas que le parecian mas identificadas con sus pasiones.

Distinguia de un modo particular á Hércules.

Él le habia visto á Hércules en aquellas piedras grabadas en que conduce el amor sobre sus espaldas y parece sucumbir bajo su paso, simbolizando la Virtud vencida por la Voluptuosidad. Esto era Hércules para él, y esto era tambien Adriano en el último período de su vida. El famoso torso de Belvedere, obra maestra del arte antiguo, constituia uno de los objetos de su entusiasmo; aquel Hércules descansando de sus trabajos y haciendo caricias á Tola, para él era Adriano descansando en Tibur y entregándose á sus sensualidades. Adriano iba á adorar con frecuencia á aquel dios de cabeza pequeña, de cuello grueso, de cabello corto y crispado, porque para él aquel símbolo de la fuerza era el símbolo de su imperio. Mas que el Hércules de los *Trachinios*, de Sófocles y del *Hércule furente* ó el *Hércule in monte Æta* de

ARMONIAS ENTRE GOZOS Y PESARES, Ó ESCENAS TIERNAS DE LA VIDA DE SAN JOSÉ, POR D. JOSÉ PALLÉS.

Dos abultados tomos en 4.º, á 57 rs. en pasta; ó 186 entregas á cuartillo de real cada una, dejando á la voluntad del suscriptor el tomar semanalmente las que guste.

LA PASION DEL REDENTOR.

por José Pallés. Obra dedicada al Emmo. Sr. Cardenal Arzobispo de Valencia.

Consta de dos tomos en 4.º, con 24 preciosas láminas y una *Vista de Jerusalem*, á 72 rs. en pasta; ó 242 entregas de 8 páginas, á cuartillo de real la entrega.

AÑO DE MARIA,

ó coleccion de noticias históricas, leyendas, ejemplos, meditaciones, exhortaciones y oraciones para honrar á la Virgen santísima en todos los dias del año. Por José Pallés.—Obra dedicada á la cristiandad entera.

Constará de seis tomos en 4.º ilustrados cuando menos con 60 láminas.—Cada tomo comprende dos meses.

HISTORIA DE ESPAÑA, ILUSTRADA,

desde su fundación hasta nuestros dias. Coleccion de litografias representando los principales hechos históricos de cada época, con texto al dorso, por D. Rafael del Castillo.

Sale dos veces al mes, en entregas con cubierta de color, formando cada entrega dos hojas dobladas, que contienen cuatro láminas de tamaño *mas de folio*, de papel bueno y fuerte, cual exige una lámina destinada, si se quiere, para ser colocada en un cuadro.—Al dorso de cada lámina, y á dos columnas, va su texto explicativo.

El precio de cada entrega es el de 5 rs. en toda España, remitidas por el correo ú otro conducto, de manera que no puedan malograrse.—En nuestras posesiones ultramarinas las entregas cuestan dos reales mas.—Van publicadas 82 entregas.

HISTORIA GENERAL DE FRANCIA

desde sus primitivos tiempos hasta nuestros dias, por D. Vicente Ortiz de la Puebla.

Cuatro tomos en folio, de abundante y clara lectura, impresos con tipos enteramente nuevos y en papel satinado, y adornados con mas de 1000 bellisimos grabados, entre láminas sueltas y viñetas, ó 300 entregas de ocho páginas á un real la entrega.

LA VUELTA POR ESPAÑA.

Viaje histórico, geográfico, científico, recreativo y pintoresco. Historia popular de España en su parte geográfica, civil y política, puesta al alcance de todas las fortunas y de todas las inteligencias. Viaje recreativo y pintoresco abrazando: las tradiciones, leyendas, monumentos, propiedades especiales de cada localidad, establecimientos balnearios, producción, estadística, costumbres, etc.—Obra ilustrada con grabados intercalados en el texto representando los monumentos, edificios, trajes, armas y retratos. Y escrita en virtud de los datos adquiridos en las mismas localidades por una sociedad de literatos.

Tres tomos en 4.º mayor, ó 364 entregas de 8 páginas, á medio real la entrega.—A los que se suscriban y no quieran tomar de una sola vez todas las entregas, se les facilitará ir adquiriéndolas á su comodidad.

EL REMORDIMIENTO Ó LA FUERZA DE LA CONCIENCIA.

Novela basada en el argumento del muy aplaudido drama italiano de Luigi Gualtieri, por D. Juan Justo Uguet.

Dos tomos en 4.º muy abultados con 20 preciosas láminas grabadas sobre boj representando los principales asuntos de la obra, á 78 rs. en pasta.—Tambien se facilita ir adquiriéndola por suscripcion, tomando, á comodidad del interesado, las 134 entregas de que consta, á medio real la entrega.

ILUSTRACION RELIGIOSA.—LAS MISIONES CATÓLICAS.

Boletín semanal de la Obra de la Propagacion de la Fe, establecida en Lyon, Francia.

Un tomo en folio con gran número de grabados intercalados en el texto, á 60 rs. en media pasta.